

La palabra jugada

“Roberto era un palabrador”.

Pedro Gaeta, pintor, amigo,
compañero de emprendimientos.

En 1971, cuando apareció la primera edición de *Literatura de la pelota*, su pionera recopilación de textos en torno al fútbol, Roberto Santoro cargó una pila de libros y se fue a entregarlos en mano por diarios y revistas. En una de las tantas redacciones que pateó esa tarde, comenzaron a arremolinarse periodistas, cadetes, fotógrafos, correctores, atraídos por su voz única. Fueron juntándose como hipnotizados tanto por lo que contaba como por el tono que empleaba para contarlo. Hasta que terminaron cantando a coro improvisadas cuartetas de tablón dirigidos por Santoro. Esa historia, además de lo risueño, condensa rasgos de la personalidad y las prácticas de su protagonista, comenzando por su tesón para abrir puertas, su capacidad de seducción mediante la palabra y de formación de grupos. Popularidad y sofisticación, experimentación formal y contenido, porteñismo y federalismo, individualidad y trabajo colectivo, seriedad y humor, búsqueda existencial y militancia por el cambio político y social son coordenadas que Santoro tensaba permanentemente. Su punto de cruce, para él, resultaría en un arte nuevo como expresión de una sociedad nueva, liberada de la explotación de unos hombres por otros y de unos países por otros. En el camino, no resultaba una contradicción que la poesía fuera una herramienta y a la vez un fin en sí misma.